



Buenos Aires, enero de 2018

Circular N° 577

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Un nuevo año comienza y así como hasta aquí nos ha acompañado nuestro trino Dios, lo seguirá haciendo en este nuevo año. Quedar "fieles a Cristo" nos asegurará todo lo necesario para transitarlo bajo la bendición de Dios.

En comunión con los Apóstoles, desearía transmitirles nuestros deseos de que esta bendición y amparo de Dios nos acompañe cada día del 2018 esperando a nuestro Señor Jesucristo.

Enrique Minio

***"El que da alimento a todo ser viviente, porque para siempre es su misericordia.
Alabad al Dios de los cielos, porque para siempre es su misericordia."***

(Salmos 136: 25-26)

El salmista aquí repite en reiteradas oportunidades esta palabra, que dice: "porque para siempre es su misericordia". Habla de alabar a Dios, una y otra vez, por su amor. Y lo hace con alegría, con todo el corazón. También el Servicio Divino de hoy nos habla de que en nuestro corazón podamos ser un dador alegre, de alabar a Dios como un dador alegre.

El agradecimiento es alegría, es gozo. Cuando uno siente el agradecimiento, lo disfruta. Porque cuando sale del corazón, es tanta la alegría que se transforma -inmediatamente- en un regalo. A su vez, esta alegría fortalece en nosotros la confianza en el Padre celestial.

Pero ahora miramos sobre nosotros y nos preguntamos: ¿cómo puedo alabar a Dios? La respuesta es cuando podemos reconocer todo lo que vivimos en nuestra alma. Dios nos ha dado la vida, la salud, El permite que hoy estemos aquí. Recuerdo que un día le pregunté a un siervo, que ahora está en la otra orilla: ¿Cómo puedo orar cuando estoy apurado? Una pregunta medio extraña, pero surgió así. Era algo que me pasaba por las mañanas. Entonces me respondió: "Solo rogá estar en la casa de Dios todos los días. Es breve, pero reflexioná todo lo que eso implica: para que puedas estar en la casa de Dios, tenés que tener la salud para estar, tenés que tener algo para vestirte, un medio para poder llegar". Es decir, el hecho de poder estar implicaba tantas situaciones colaterales que, entonces en una oración breve, expresaba lo mismo que decía el salmista: poder estar rodeando el altar del Señor cada día. Y allí empezamos a valorar todo lo que el Señor nos da.

Ya el desear estar en la casa de Dios es confesarle. Si expreso ese deseo con alegría, lo estoy confesando, porque estoy seguro de que me va a dar todo lo que El considere necesario.

Esto es personal, no es algo que se pueda explicar. Como cuando nos preguntan ¿por qué amás a tal persona, por qué amás a tu esposa, por qué amás a tus hijos? ¿Cómo lo

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



explicamos?, no lo sabemos explicar, pero les amamos. Cada uno de nosotros podemos reconocer lo que Dios nos ha dado, que es lo mejor para nosotros y le amamos.

Este reconocimiento implica también lo material: poder estar alegres con nuestras posesiones. Y acá tenemos toda una lucha interna. Porque a los seres humanos nunca nos alcanzan las posesiones materiales. Cuando tenemos algo, siempre queremos más. El espíritu humano mira sobre lo que no tiene y no sobre lo que tiene. Queremos aprender a agradecer por lo que Dios nos ha dado y a disfrutarlo.

Pero vuelvo ahora también a recordar a otro hermano, que un día me dijo: Si vas a pedirle a Dios más, primero pedile que te enseñe a administrarlo. Porque si no sabés administrarlo, te vas a perder en la preocupación de lo que implica tener más. Los seres humanos tenemos este sentimiento, vivimos en una sociedad de consumo que nos lleva a pensar siempre en algo diferente, en algo más. Esto no quiere decir que uno esté en contra de tener más. ¡Pero el agradecer por las posesiones tiene tantas facetas! Queremos ser agradecidos por lo que tenemos. Entonces seguramente podremos disfrutar aquello que Dios nos va brindando. Porque no necesariamente el que más tiene es el que más disfruta, sino aquel que puede mirar con agradecimiento hacia lo que tiene. Y parecería que esto tiene que ver con una filosofía material. Pero en realidad tiene que ver con cómo miramos la relación con nuestro Padre. ¿Estamos mirando siempre “el vaso medio vacío”? ¿O agradecemos por el “vaso medio lleno”? Como nos dijo el Apóstol Mayor Fehr en una oportunidad: agradezcamos más y quejémonos menos. ¡Vivimos a veces tan preocupados quejándonos en lugar de disfrutar lo que tenemos! Y dejamos de disfrutar no solo lo material sino también el ámbito de los afectos, de aquellos que Dios nos ha regalado. Así que, queremos reflexionar sobre esto. Cuánto tenemos para agradecer y cómo lo hacemos. Porque el dador alegre, alaba a Dios en este sentir. Y también lo hace con humildad.

Hacerlo con humildad significa valorarnos nosotros en lo que Dios nos ha dado, en los dones, pero también valorar al otro en el mismo nivel. No degradar absolutamente a nadie. Porque Dios le ha dado a cada uno dones. Y ahora quizás nos podemos centrar dentro de la comunidad, en el ámbito de los hermanos. ¿Conozco el don de mi hermano y de mi hermana? Si yo les preguntara: ¿conocés las cosas erróneas de tu hermano y de tu hermana, lo que no te gusta? Ahí haríamos una lista, hay cosas que no nos gustan y a veces no logramos empatía, o no nos gusta cómo el otro se viste, cómo habla, cómo canta, cómo se maneja, cómo piensa. Estas cosas enseguida nos surgen. Pero el gran desafío es: si Dios nos llamó, ¿conocés el don de tu hermano y de tu hermana? Porque sobre ese don Dios quiere que también nos alegremos. La obra que nosotros vemos es una obra totalmente imperfecta. La hacemos nosotros, por lo tanto es imperfecta. Y Dios va conformando una Obra perfecta, pero es invisible. Esa Obra perfecta es la que Cristo vendrá a buscar. Y nosotros queremos formar parte de ella. Pero para esto, tenemos que empezar a dejar de lado lo imperfecto y disfrutar aquello que Dios ha dado a cada uno de nosotros, como hermanos. Construir juntos la Iglesia. Alabando a Dios. Colocando cada uno su don.

Recuerdo un relato, que tal vez ya han escuchado: había en un bar un viejo piano arrumbado. Entró un pianista y preguntó si podía tocarlo. Le respondieron que no, porque tenía una cantidad de teclas que no funcionaban. Pero él les pidió si podía probarlo. Primero estuvo practicando y en un momento dado, comenzó a tocar una melodía hermosa. El dueño del bar le preguntó cómo lo había arreglado. Y el pianista le respondió: “Yo no arreglé ninguna tecla. Simplemente toqué las que funcionan”.



En tu corazón y en el mío, en tu vida y en la mía, hay cosas que no funcionan. Ofrezcamos con alegría en la casa de Dios todo aquello que sí funciona. Y no nos fijemos en lo que no funciona del otro. Así vamos a construir sobre la base de que Dios ha colocado un don en mi hermano, en mi hermana. No sé cuál es; tengo que descubrirlo. Entonces voy a mirar agradecido sobre mi hermano, sobre mi hermana, sobre lo que Dios me ha dado; sobre el tiempo que me da, sobre la poca o mucha salud que me ha dado, sobre los pocos o muchos ingresos que me da. Cuando comienzo a agradecer, comienzo a estar feliz. Pero es una cuestión de mucha reflexión en nuestra vida. Y cuando estoy agradecido y feliz, estoy confiado. Porque sé que mañana también Dios me va a dar lo necesario para que camine hacia el día de la promesa, que nos ha dado, de la comunión eterna con Él. Pero es todo un trabajo que tenemos que hacer en nuestro corazón. Y esto es individual, totalmente individual.

Entonces también queremos mirar sobre lo espiritual, si podemos alabar por lo que Dios nos dio. Un día nos llamó, de diferentes formas. Cada uno de nosotros conoció la Obra de Dios en una manera totalmente diferente: algunos fuimos invitados y vinimos; otros fuimos invitados, primero lo rechazamos y cuando no nos invitaron, ahí vinimos; a otros les gustó el coro, o comenzaron colaborando de una u otra manera, otros nacieron dentro de la Obra. Pero lo que tenemos que preguntarnos es si podemos agradecer ese llamamiento. Si podemos estar alegres por el llamamiento. Porque es una gracia poder creer. Y es un misterio, porque no somos mejores que nadie.

Por otro lado, tenemos la alegría de alabarlo y decir: voy a confesar a Cristo. ¿Cómo lo voy a confesar? ¿Teológicamente? Uno podría decir: yo no tengo la capacidad de hablar de la doctrina. No; ¡lo confesamos con nuestra vida! Confesamos a Cristo en la alegría de nuestra vida, con nuestro comportamiento, con nuestras palabras, con nuestras actitudes, con nuestros sentimientos. Porque a veces a la actitud se le antepone una posición del corazón, es un perfume que uno no sabe cómo, pero llega. Alabamos y agradecemos a Dios espiritualmente cuando nos arrodillamos a orar por un hermano, por una hermana, por un vecino, por un compañero de trabajo. A veces no tenemos otra posibilidad que arrodillarnos y orar.

En una oportunidad se acercó un hermano pidiendo hablar con el Apóstol; dijo: “Quería hablar del Diácono de mi comunidad”. El Apóstol primero pensó que había habido algún tipo de conflicto. Pero este hermano dijo: “Yo quiero venir a agradecer por el Diácono que tengo en mi comunidad. Porque me quedé sin trabajo. Y el Diácono estuvo todos los días a las 7 de la mañana arrodillándose conmigo antes de que yo saliera a buscar trabajo”.

¿Cuánto oramos por el hermano que está necesitado? Uno a veces tiene limitaciones en el ámbito de lo material, pero ¿nos ayudamos unos a otros, también en la oración? ¿Compartimos lo que Dios nos ha brindado? No solo de lo material sino también de lo espiritual. ¿Alabamos y agradecemos a Dios escuchándonos, prestándonos el corazón para escuchar? Reflexionemos sobre todo esto, porque alabar a Dios y agradecerle, significa también ayudarnos unos a otros, compartir la comunión y disfrutar de esto que nos toca como un hermoso desafío: el desafío de alcanzar el día del cumplimiento de la promesa.

Dios nos llamó. Cristo nos dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”. No te preocupes si te equivocas, porque hay un camino para que puedas ir cambiando a la imagen de Cristo,



que es el perdón. ¿Agradecemos por tener el perdón? ¿O lo tomamos como algo habitual? ¿Agradecemos por la comunión con Cristo y por la comunión con nuestros hermanos? ¡Cuántas facetas tiene el agradecimiento! Tanto en el ámbito de lo material como de lo espiritual. Por eso Dios nos pide que reflexionemos sobre si podemos alabar alegremente, como dice aquí el salmista: “Alabad al Dios de los cielos, porque para siempre es su misericordia”. Lo que tenemos que preguntarnos es: ¿puedo alabar? Entonces no se trata del día de agradecimiento, sino del agradecimiento cotidiano en nuestra vida. Porque Dios espera que disfrutemos este agradecimiento. Disfrutarlo significa mirar sobre todo lo que Él nos brinda.

* * *